

# El viejo Tomás

Joaquín Racionero

Para hablar hoy de Masegosa quisiera contactar con la quiromancia, con la sana brujería, con esa magia exotérica a la cual le sobra elocuencia, haciendo de sus parajes leyendas e historias para introducirse en el mundo de la fantasía. Donde se junta el sonar de los cencerros en sus días y noches pastoriles, bajo las claras estrellas, con los amaneceres entre múltiples colores de quejigos, pinos, romeros y sabinares; así como esos largos y gélidos inviernos con sus grandes veladas alrededor de las iluminadoras tozas, para contar las leyendas, vividas unas y salidas de las pensantes y sesudas invenciones de nuestros abuelos, otras; tierras duras donde el pensamiento fluye en plena libertad y alados recorridos, donde la imaginación cabalga como la de nuestro paisano el Licenciado Torralba, y así no dejará de volar con las alas del pensamiento y recorrer sus muchos parajes. En cualquiera de ellos podríamos encontrarnos con el milagro del Viejo Tomás.

Noche fría donde las palabras quedan congeladas, donde los cierzos soplan con un seco sonido, acompasado con los carámbanos de hielo colgando como estalactitas de las puntas de los tejados. Solo una casi apagada y vieja farola, de tenue luz amarillenta y entristecido reflejo, acompaña la silueta de algunos feligreses que por el serpenteante callejón pretenden acceder a la antepuerta de la iglesia; solo el murmullo de una lechuza cerca del mínimo calor del la pequeña llama del agotado candil, la cual permanecía ávida de cualquier despistado ratoncillo que merodeara por su campo de visión.

Algunas pisadas salen del viejo caserón del Tío Tomás, con pasos inseguros por los quebrados huesos del viejo pastor sobre los resbaladizos cantos que brillan cubiertos de los gélidos hielos y escarchas de la noche navideña. Un suspiro lejano tras la puerta del viejo caserón semiderruido de tantos años estar vacío y abandonado. Las personas suben y bajan pero nadie repara en el sollozo de angustia y resignación que acompaña el rechinar de las pisadas del Viejo Tomás. Por fin alguien se detiene y regresa sobre sus pasos para escuchar de donde proceden esos entristecidos y apagados lamentos.

Halla en el último y oscuro cuartucho del desvencijado pasillo una pequeña tea que se debate en sus últimos fognazos. El Viejo Tomás sólo tiene un gastado jergón donde recostarse mirando las prolongadas siluetas del llamear del pequeño tronco de encina, arropado en su pobre y harapienta manta rubanilla, cubriendo sus doloridos huesos.

EL Viejo Tomás percibe los pasos de un desconocido, pero le rebulle un latido de tranquilidad, puesto que al ver al visitante se encandilan sus sufridos y llorosos ojos, mezcla de amor y desesperanza. Con voz tenue y entrecortada, le sale un profundo sollozo en forma de saludo: «...paz y bien. El Dios Niño le acompañe». Ambos permanecen en silencio durante un rato en ese solitario y apartado rincón. Es una larga noche y los dos se sienten en este instante como el pájaro herido con un ala rota, y ese reino de la vida se queda unguado en este pequeño rincón. Por fin, tras largo rato de espera, y atizando la candela para observarse al reverberar de las llamas en el tranquilo silencio, luego de un acompasado suspiro y una profunda mirada, se hilvana una cálida y profunda conversación.

Al son de las campanas de la iglesia que llaman para la misa del gallo, el Viejo Tomás y su inesperado visitante han terminado de compartir un duro mendrugo de pan candeal, un racimo de uvas, una raspa de bacalao, cuatro castañas y un vasejo de vino peleón, que es cuanto contenía su maltrecha alacena.

Pero después de muchos años en solitario, disfrutaba de compañía y podría asistir a la misa del gallo, como había hecho tantos años antes agarrado al faldón y los reflejos de su abuela.